

**Virginie Despentes. *Teoría King Kong*. Barcelona,  
Random House, 2018**

ALÍN SALOM



“Escribo desde la fealdad, y para las feas, las viejas, las camioneras, las frías, las mal folladas, las infollables, las histéricas, las taradas, todas las excluidas del gran mercado de la buena chica. Y empiezo por aquí para que las cosas queden claras: no me disculpo de nada, ni vengo a quejarme. No cambiaría mi lugar por ningún otro, porque ser Virginie Despentes me parece un asunto más interesante que ningún otro.” Así comienza uno de los manifiestos feministas más rompedores de la actualidad. Destroza sistemáticamente todos los ideales. ¿Es un manifiesto? Según declara, es una autobiografía –más bien una autoficción, diríamos–. Ese género a caballo entre la autobiografía y el manifiesto que inventa Despentes ya es en sí un primer acto de subversión. La revolución surge de lo más íntimo, del corazón de la propia experiencia vital. El tema que plantea, su “asunto”, como ella dice, es ella misma, “proletaria de la

feminidad”, “desgraciada de la feminidad”; pero también lo son todas las mujeres proletarias y desgraciadas de la feminidad.

De hecho, *Teoría King Kong* fue escrito en 2006, pero no ha cobrado notoriedad en nuestro país hasta hace unos pocos años, posiblemente a partir del movimiento *MeToo* y vice versa. ¡Y cuánta notoriedad ha cobrado! Traducido a 16 lenguas, esta curiosa autobiografía-manifiesto, escrita/o en un lenguaje cáustico y obsceno, lleva a cabo una de las críticas más virulentas al sistema patriarcal y capitalista. No crea el lector que el lenguaje soez es casual. Conformar una poderosa retórica. Despentes es heredera de Bukowski; y ha ganado montones de premios<sup>1</sup> por su excelencia literaria, entre los cuales está el Premio de la Biblioteca Nacional Francesa. Es miembro del jurado del Premio Fémina y pertenece a la Academia Goncourt –nada menos–.

¿Qué cuenta de su vida? Virginie Despentes –pseudónimo de Virginie Daget– nace en 1969, va un colegio mixto, lleva minifalda sin que nadie se preocupe por su reputación, empieza a tomar la píldora a los catorce años, abre una cuenta corriente a su nombre, sin ser consciente de que pertenece a la primera generación de mujeres que pueden hacer esas cosas... Aún no es feminista. Esa libertad le parece natural. En 1984, a los quince años es ingresada en un psiquiátrico; no dice por qué. De adolescente se hace punkarra: cresta roja, labios negros, medias blancas de rejilla y botas militares... Mendiga, vomita cerveza, esnifa cola hasta caerse al suelo, baila el pogo (si no saben lo que es, echen un vistazo en youtube, ¡espectacular!), aguanta el alcohol, aprende a tocar la guitarra, lleva la cabeza rapada, vuelve a casa hecha polvo todas las noches, pega saltos en los conciertos, canta a gritos en el coche, habla de fútbol y va a las manifestaciones con pasamontañas y lista para darse de hostias. En 1986, a los diecisiete años, vuelve de un concierto haciendo autostop con dos amigas; las tres son violadas. Silencio. Habla de la experiencia de la indefensión más absoluta no solo durante, sino años después de la violación. Ella no renuncia a su libertad; sigue de concierto en concierto, durmiendo en portales o estaciones de tren. Son los mejores años de su vida, dice.

1991. Trabaja en un supermercado, revelando fotos; tiene veintidós años. Odia trabajar; le deprime pensar que llegará a los cincuenta años con el sueldo mínimo, con la única perspectiva de aguantar la bronca del jefe por ir demasiadas veces al baño. Da un giro en su vida: se "disfraza de mujer" (tacones, sujetadores que realzan el pecho, carmín) y se dedica a la prostitución. Trabaja también en salones de masaje erótico y en *peep shows*. Quedar con un cliente le produce un auténtico subidón de adrenalina. En un par de horas gana lo mismo que en 40 horas de "curro ingrato". Libera tiempo; gana mucho dinero, se siente empoderada. Es "un curro bien pagado para una mujer poco o nada cualificada". De paso, echa un vistazo al sexo sin sentimientos, experimenta. Tras dos años, deja la prostitución –con mucha dificultad (dice que es como la cocaína)– y trabaja en una tienda de discos.

En 1993 publica su primera novela, *Fóllame*, y descubre que a la crítica le interesa más el hecho de que ella sea mujer que el contenido de la novela. "Descubro con consternación que cualquier idiota dotado de nabo se cree con derecho [...] de darme lecciones de feminidad", escribe. Le hacen críticas que jamás harían a un escritor. La condescendencia con la que la tratan es lo peor. Parece que tenga "un coño pegado en la cara", dice con justificado sarcasmo. Después seguirá escribiendo y hará algunas películas basadas en sus libros.

No explica muchas cosas de su vida –su autoficción está puesta al servicio del manifiesto feminista–; pero sabemos por otras fuentes que ha vivido tres años en Barcelona, en el anonimato, porque fue pareja de Beatriz Preciado. No cometemos, al comentar esto, ninguna indiscreción: ella misma lo explica en otro lado, en el prefacio que escribe a un libro de Preciado<sup>2</sup>. De hecho es Preciado, ahora Paul, el que traduce –

afortunadamente– *Teoría King Kong*. Cuanto más oral y más obsceno el lenguaje, más difícil se hace la traducción, más se hace patente la necesidad de un supertraductor, como revela serlo él.

¿Por qué el título de *Teoría King Kong*? Virginie Despentes subvierte la interpretación del mito de King Kong. No interpreta el mito en la clásica clave patriarcal de “la bella y la bestia”, donde la bestia representa simbólicamente la dimensión brutal y salvaje de la masculinidad a la que ha de someterse y enamorar la mujer ingenua, la cual, luego de haber atravesado el estadio de la isla, ha de consentir quedarse con el hombre “civilizado” que la rescata, que desde luego no es el rey Kong. Despentes interpreta el mito al revés. King Kong, dice Despentes, es transgénero. Retoza con la mujer patinando con ella sobre el hielo en el Central Park. “Funciona como una metáfora de una sexualidad anterior a la distinción entre los géneros”; “está más allá de la hembra y más allá del macho. Es la bisagra entre el hombre y el animal, entre el adulto y el niño, entre el bueno y el malo, lo primitivo y lo civilizado, el blanco y el negro”. Es el “más allá” nietzscheano de Virginie Despentes. Ella se declara *King Kong girl*. Pero no la rubia que atrae a King Kong, sino el propio King Kong. Con su retórica poderosa, su lenguaje soez, hilarante, ella tiene la energía de un King Kong, el deseo de desafiar la ley, el impulso guerrero de luchar, combatir, hacer la revolución. Virginie Despentes quiere romper el binarismo, dinamitar la diferencia sexual, luchar contra todos los dinosaurios que defienden los estereotipos patriarcales. La Revolución pasa fundamentalmente por la revolución de los géneros.

Todo el libro gira en torno a su interrogante de qué es la feminidad. Varios psi le dicen algo así como que tiene que “reconciliarse con su feminidad”. Ella parece haber dado muchas vueltas a la cuestión. Finalmente llega a la conclusión de que “la feminidad es una puta hipocresía”, “el arte de ser servil”, de “comportarse como alguien inferior”:

Entrar en una habitación, mirar a ver si hay hombres, querer gustarles. No hablar demasiado alto. No expresarse en un tono categórico. No sentarse con las piernas abiertas. No expresarse en un tono autoritario. No hablar de dinero. No querer tomar el poder. No querer ocupar un puesto de autoridad. No buscar el prestigio. No reírse demasiado fuerte. No ser demasiado graciosa. Gustar a los hombres es un arte complicado, que exige que borremos todo aquello que tiene que ver con el dominio de la fuerza<sup>3</sup>.

La feminidad no es más que un ideal de debilidad en la sociedad heteronormativa. Al fin y al cabo el juego sexual en el patriarcado no consiste más que en tranquilizar a los hombres respecto a su virilidad, inspirarles confianza en sí mismos, haciendo una la mascarada de la debilidad, la vulnerabilidad. Despentes piensa que todas las cosas divertidas son viriles. Todo lo que hace que ganes terreno es viril, dice. ¿Quiere ella ser un hombre en el fondo? ¡Para nada!

Yo soy mejor que eso. No me interesa el pene. No me interesa la barba ni la testosterona, yo tengo todo el coraje y la agresividad que necesito. Pero claro que quiero todo lo que un hombre puede querer, como un hombre en un mundo de hombres, quiero desafiar a la ley. Frontalmente. Sin atajos y sin excusas. Quiero obtener más de lo que me prometieron al principio. No quiero que me cierren la boca. No quiero que me digan lo que tengo que hacer. No quiero que me abran la piel para hincharme los pechos. No quiero tener un cuerpo esbelto de adolescente cuando me acerco a los cuarenta. No quiero huir del conflicto para esconder mi fuerza y evitar perder mi feminidad<sup>4</sup>.

Las mujeres tienen miedo a la independencia; tienen miedo de asustar a los hombres. Por eso no se meten en el terreno político, donde hay que dejar de ser dulces, agradables y serviciales. En la política hay que estar dispuestas a dominar al otro públicamente. “¿Te doy o me das por culo?”: este es el título de uno de los capítulos de *Teoría King Kong* (a Despententes le gustan especialmente los títulos escandalosos). Y es también la matriz de las relaciones intersubjetivas en la heteronormatividad, cree ella.

De algún modo queda Despententes atascada en la dialéctica del amo y el esclavo. Esta dialéctica es el límite de su voluntad de poder. Es la única crítica que se me ocurre contra esta obra brillante, divertida, profunda y subversiva: ¡un auténtico latigazo en el mundo insípido de las moralinas pusilánimes y los discursos políticamente correctos!

Aquí dejaré esta reseña, para no alargarla demasiado, aunque sea una lástima no exponer sus análisis preciosos acerca de la predisposición femenina al masoquismo, un dispositivo cultural esencial del patriarcado; del terror de los hombres a la emancipación femenina porque los desviriliza; de la centralidad de la violación en el patriarcado porque representa cruda y directamente el ejercicio del poder patriarcal y convierte el sexo femenino en el sexo del miedo y la humillación; de la legitimidad de la venganza, es decir, la contraviolencia, que es lo único que podría detener la cultura de la violación; del oscuro vínculo que anida en ella entre el hecho de haber sido violada y el dedicarse a la prostitución (hacer pagar por aquello que cogieron por la fuerza); de la prohibición patriarcal de la prostitución porque el patriarcado pretende mantener en la gratuidad sistemática y la invisibilidad tanto el trabajo doméstico y el trabajo de educación de los niños como los servicios sexuales; de la defensa patriarcal del orgasmo vaginal, porque sirve para asegurar que la mujer goce solo a través del hombre; de la pornografía, que funciona como un ansiolítico contra todo lo que disfunciona en las relaciones sexuales, etc., etc., etc.

Ante el régimen de doble dosis de opresión (general y específica, es decir, estamental y de género) que han tenido que padecer las mujeres a lo largo de la historia, Despententes no duda en exclamar con desparpajo: “Una proposición simple: ¡iros todos a tomar por el culo!”<sup>5</sup>. Queda claro, desde luego. *Teoría King Kong* es un libro de lectura imprescindible.

NOTAS

1. Premio Flore en 1998, premio Saint-Valentin en 1999, premios Trop Virilo y Renaudot en 2010, premios Anaïs-Nin y Landerneau en 2015, premios La Coupole y Roman-News en 2015, premio Deauville en 2016, premio BnF en 2019.
2. Preciado, P. B. *Un apartamento en Urano*. Barcelona, Anagrama, 2019.
3. Desportes, V. *Teoría King Kong*. Barcelona, Random House, 2018, p. 148.
4. *Ibid.*, p. 163.
5. *Ibid.*, p. 162.